

## *Almas de vidrio.-*

El estruendo resonó abrumador en toda la planta, Rosa y Luis creyeron que se desplomaba el edificio sobre sus cabezas.

Cuando Luis, alarmado, abrió la puerta, Eugenia y Antonia - la madre y hermana de Manolo, el vecino del piso superior - hallábanse ya en la planta hablando con Rosario, la vecina del "C" que mantenía entrecerrada aún por la cadena la puerta de su piso.

- ¿Que es lo que pasa? - inquirió Luis de las mujeres.

- ¡La policía! ¡Llame usted a la policía! - exclamó Eugenia llevándose la mano al pecho.

- ¿La policía?, pero....¿porqué?, ¿que ha pasado? - volvió a preguntar.

Antonia iba a pedirle a Rosario que sacara una silla para su madre a punto de desfallecer u algo peor, cuando esta - que ante la presencia tranquilizadora de un hombre se había atrevido a retirar la cadena - se anticipaba a su petición. Pidió también un vaso de agua al tiempo que se llevaba la mano al seno, aludiendo en el gesto al delicado estado de salud de su madre.

- ¡El Manolito! ¡Está destrozando la casa y va a matar a su mujer! - dijo la mujer mas joven abanicando a su madre, literalmente derrumbada en la silla.

Luis miró hacia la planta superior y luego discretamente a su mujer; Rosa, serena y sin devolver la mirada a su marido indicó con leve gesto del brazo la dirección de los escalones ascendentes.

Subieron si precipitarse y hallaron a Manolo de pie delante de la puerta de su casa, las piernas separadas ligeramente y la mano derecha pegada al costado dejando fluir la sangre que caía en gruesas gotas sobre el piso. Tenía la mirada perdida en el infinito o en la mirilla de la puerta de enfrente, que dejaba pasar la luz a intervalos como si emitiera señales en el código mas universal e inteligible. Enmarcada por el cabello largo y en desorden, la profunda cicatriz del cuello giraba al púrpura vivísimo a la luz incendiada del crepúsculo otoñal. El joven ignoró la presencia del matrimonio vecino hasta que Luis le tomó la mano para examinar la herida. Tampoco a Rosa le impresionó aquella manera de plantarse: goteando sangre como si sujetara una cabellera ganada en el fragor ecuestre de cuchillos, cual si portara la cabeza cortada del rival bíblico o de héroe del *cómic*.

- Qué pasa vecino. Que ha pasado. Tranquilo, venga, déjame ver que tienes ahí - miró la mano ensangrentada sin conseguir formarse una opinión de la profundidad de los cortes.

- Nada vecino, no pasa nada. A ver si no va a poder llegar uno a su casa como...Y encima me dice...¡Venga! No pasa nada, tu tranquilo vecino, que esto no es nada. Vamos *p'abajo*, vamos a ver a mi madre.

Rosa se deslizó hacia el interior de la vivienda tratando de no pisar los cristales rotos por el puñetazo de Manolo, se miró en el fragmento de espejo que amenazaba caer y se halló horrible, con cuidado, lo extrajo del marco y lo colocó en el suelo apoyado sobre la pared. Desde el fondo del pasillo llegaban los sollozos de la mujer de Manolo mezclados con el llanto de la pequeña. Cuando bajó a la planta minutos mas tarde confirmaría lo que Manolito, postrado de rodillas y con la cabeza hundida en el regazo de su madre, semicoherentemente aseguraba: por esa vez no la había maltratado, estaba llorando, asustada, y eso era todo.

- ¡Madre! ¡Mírame madre!, ¡mira tu sangre! Que soy un hombre...No se puede aguantar, venir del trabajo y los cabrones, los *julais*: que si la han visto por la calle, ¡yo que sé que calle!, me lo dicen madre, se ríen de mí: que si tú mujer *p'acá* y *p'allá* ¡Y me miran cuando estoy trabajando! Que se yo, por la salvación de mi alma...¡Venga! Y porque traigo dos copas me va a formar...

Una voz volvió a mencionar a la policía, Luis, desagradablemente sorprendido por las miradas de aprensión que las mujeres de su familia dirigían al muchacho, negó que fuera la policía y no un médico lo que el chico necesitaba. Tras un breve silencio que no logró disipar la enrarecida atmósfera, anunció finalmente su disponibilidad para llevarlo en el coche al hospital. Entró en el piso por las llaves del vehículo y a la vuelta quiso saber quien los habría de acompañar. Rosa había envuelto la mano del herido en una toalla limpia.

- Nadie. Lléveselo usted. - contestó la hermana, y al advertir el gesto de extrañeza del hombre lo llamó en un aparte: - ¡Déjelo usted allí! Que no vuelva. Su mujer lo quiere abandonar y como cuando vuelva no la encuentre la va a querer matar.

- Eso no es cosa mía. Si se tiene que quedar o no serán los médicos los que lo digan  
- Dijo *en passant* y entró de nuevo en el piso en pos de su mujer que le había dirigido una mirada de complicidad.

- Está mal. Está medio loco desde el accidente y es capaz de hacer lo que dicen - advirtió Rosa a su marido.

- Ya lo sé, me lo dijo él mismo: ha perdido un treinta por ciento de inteligencia y no se que porcentaje de reflejos sicomotores o algo así. Pero vamos, a mi no me parece peligroso, un poco retrasado; hay mucha gente así, si tuvieran que meterlos a todos en el manicomio.

- Digas lo que digas ese hombre no está para estar casado, para vivir con una mujer y tener una familia.

- Pues que viva con su madre; se ve bien conservada.

Rosa repitió irónicamente la sugerencia de su marido reprochándole su escasa sensibilidad hacia Eugenia: frizando los sesenta y viuda desde hacía un par de años, su vida no había sido precisamente un camino de rosas, con una prótesis coronaria todavía había encontrado coraje, a juicio de Rosa, para tratar de rehacer su vida con otro hombre. En su opinión, ciertamente que no merecía la mujer semejante destino: tener que dedicar lo que le quedaba de vida a cuidar de un hijo delicuescente y medio loco del que creía haberse librado cuándo se casó. Luis se encogió de hombros y anunció a su mujer que volvería a cenar, que no iría al trabajo directamente desde el hospital.

En el umbral, Rosa tendió a Manolo la cazadora de cuero de su marido que colgaba a mano al lado de la puerta. Luis llamó al ascensor y se concentró en la espera tratando de no

mirar a las mujeres, reprimiendo la antipatía que le suscitaba su actitud. Nadie dijo nada y en el silencio habitó el desamparo de las despedidas supremas.

La tarde caía y la penumbra disimulaba apenas la suciedad del vestíbulo del bloque de viviendas; una ráfaga de aire a través del cristal roto de la cancela hizo estremecer al herido. La cerradura continuaba estropeada y Luis recordó que tenía que hablar de ello con el encargado de la comunidad. Observó el aire ausente de Manolo y reparó por vez primera en aquella peculiar manera de caminar mientras se dirigían al coche, en el nulo juego de caderas que trasmitía la impresión de que flexionaba solamente las rodillas.

Puso el motor en marcha y tras un instante de duda se decidió por la pista de circunvalación, por allí el hospital quedaba a menos de diez minutos. Miró su reloj.

- Vaya, vecino, las molestias que te estoy dando. Tú tendrás cosas que hacer - dijo sin dejar de mirar atentamente a través del parabrisas, Luis le dio una ojeada sin que diera muestras de haberse apercebido, como si fuese suya la responsabilidad de la conducción.

- No tiene importancia, hombre.

- Sí que la tiene, además, tu tendrás cosas que hacer.

- Tengo que trabajar esta noche pero todavía hay tiempo.

- ¿Trabajas de noche, vecino? ¡Y yo molestándote cuando te tienes que dormir!

- No te preocupes, ya he dormido.

Detenido en el semáforo en rojo, llamó al chaval que vendía cigarrillos, le entregó dos monedas de cien y el joven le devolvió el paquete de *winston* y una leve sonrisa de reconocimiento. Minutos después aún retenía las facciones del chaval: normal, un chaval parado, de los que se veían a cientos en los semáforos. Recordó haber visto al vecino haciendo de *winstero* meses atrás.

- Yo estuve vendiendo *winston*. Me ganaba un dinero, hasta cuatro *talegos* al día. Ahora, que me levantaba a las seis de la mañana y no llegaba a casa hasta el mediodía - afirmó sin dejar ni un instante de apartar la vista de la circulación rodada.

- ¿No trabaja tu mujer?

- ¿Como? - dijo con gesto airado girando la cara hacia Luis. - ¿No te parezco lo bastante hombre como para mantener a mi mujer?

Luis frenó en seco y el coche se le caló. Sofocado y sorprendido, más por el acto irresponsable de frenar en medio del tráfico que por las palabras que lo originaron, apenas acertaba con el contacto. Arrancó finalmente y lo miró de reojo: de nuevo se le representaba el chaval de antes del accidente, el niño tirado por las esquinas resistiendo mal que bien al *caballo* y al vacile de los colegas y a sus tentaciones de dinero fácil. Cuestión de tiempo: hasta aquella noche en que se estrellaron con el coche robado, perseguidos por la policía de vueltas de atracar una gasolinera, y que le costó la vida al *Polaco* y a él lo dejó en aquel estado semiidiotizado.

- No hay vergüenza en que la mujer trabaje, mi Rosa ha hecho de asistenta algunas veces, cuando nos ha hecho falta dinero extra.

Manolo volvió a perderse a través del parabrisas. Aparcando, tuvo Luis que reclamar repetidas veces su atención para sacarlo de su ensimismamiento. Comprobó que la sangre había cesado de manar y antes de bajar del coche le aconsejó contar a los médicos la verdad de lo sucedido: había discutido con su mujer, ciertamente, había tomado unas copas con los compañeros al salir del trabajo y habían discutido - las razones no estaba obligado a contarlas puesto que a nadie interesaban -, él se había cabreado y le había dado un puñetazo al espejo. Eso era todo: no había pegado a su mujer, tampoco mediaba una denuncia y por lo tanto nada tenía que temer, le darían unos puntos de sutura y en media hora en casa. El herido asintió, agradeció de nuevo las molestias y volvió a lamentarse de que por su causa no pudiera dormir teniendo que trabajar de noche.

Sin dejar de caminar de aquella extraña manera que recordaba a un autómatas, rechazó la silla de ruedas que el enfermero le acercaba y se detuvo unos pasos más adelante, desde pudo oír la ubicación de la ventanilla de ingresos. Se anticipó a Luis e inició un confuso relato donde aludía a discusiones, copas, trabajo y normalidad pero sin mencionar la herida de su mano y el modo en que se la produjo.

- Ha discutido con su mujer y le ha dado un puñetazo al espejo - aclaró Luis a la enfermera.

- Exactamente. Normal. Pero a ella no la he tocado, ¡eh!, en absoluto. Usted comprende: uno se toma unas copas al salir del trabajo, la mujer se cabrea y ya está. Normal, eso le puede pasar a cualquiera. No le he pegado, puede usted estar segura.

La enfermera protestó que las funciones del hospital se limitaban a curar y no a juzgar los comportamientos de los pacientes, pero Luis la miró y estuvo seguro de que llamaría a la policía.

En la sala de espera del servicio de urgencias encontraron dos sillas vacías frente a la puerta de entrada. Manolo ofreció enésimas excusas por las molestias y a mostrar de nuevo su confusión ante el régimen de sueño y trabajo al que lo obligaba el turno de noche. Minutos más tarde reparó en la presencia de un policía uniformado en el dintel de la puerta.

- ¡A ver lo que quiere este cabrón! ¡La perra! - aunque dicha sin mirarlo directamente y sin gritar la invectiva fue claramente audible.

El vecino, en voz baja y mirando al suelo, trató de persuadirlo de que nada tenía que ver con él la presencia allí del policía. Buscó con la mirada los ojos de este y le dedicó un gesto que pretendía dar cuenta de la enajenación mental del chico. El policía no se dio por aludido y continuó atento al arranque del pasillo que se abría al fondo a la derecha.

El hombre empezó a ponerse nervioso, sin duda que lo había imaginado todo más sencillo: el chico descontrolaba completamente y aquellos cambios entre la idiotez y la vesanía lo desconcertaban, no sabía cuando fingía, si es que fingía y no estaba pensando en montar un número, una *pajarraca*, como dicen, en cuyo caso más cabría pensar, recordando su desamparo, en alguna suerte de cordura, de lucidez dolorosa que lo llevaría a querer apurar su cáliz. Pero también podría suceder que estuviera más loco de lo que él creía, de lo que él *sabía*, y ello pudiera explicar la actitud de las mujeres de su familia. En cualquier caso decidió hacerle llegar a los médicos datos precisos de la situación, máxime si resultaba cierto que su mujer habría aprovechado la visita al hospital para abandonarle.

Por fin lo llamaron por los altavoces. La doctora inspeccionó su mano e hizo un comentario restándole importancia a los cortes. Mientras cumplimentaba unos impresos, escuchó sin hacer comentario el relato de los hechos al que su protagonista parecía haber definitivamente incorporado la *excusatio non petita* a manera de coletilla.

- Verá usted, doctora: él está mal - dijo Luis dirigiendo a la médica una mirada intensa que no obtuvo respuesta. - Sufrió un accidente de coche hará...,no sé; el caso es que estuvo en coma, y también que tuvieron que hacerle unas operaciones bastantes...

- ¿Que pasa, vecino? - interrumpió sin mirarle. - Está bien, vale, exactamente, estuve en coma y tengo este collar: ¿lo ve? - se desabotonó el cuello de la camisa exhibiendo la profunda cicatriz que medio lo degollaba. - Pero eso no tiene nada que ver ahora, a ver si al final vamos a liarnos y vamos a liar a esta mujer.

La doctora indicó que esperaran fuera, quería hacer unas radiografías antes de curarle la mano.

Como a la media hora de espera el muchacho volvió a increpar a los enfermos y familiares que llenaban la sala, de nuevo de aquella manera peculiar, sin dirigirse a nadie en concreto, y que al no obtener respuesta producía una extraña atmósfera de irrealidad, como si la recíproca ignorancia cuestionara la tangibilidad de las personas y las cosas.

- ¡Venga a mirar, tanto mirar! ¿Es que tengo monos en la cara? ¿Y el *madero*? ¡A ver que mirará la perra!

- Tranquilo vecino, hombre, tranquilo. No va nada contigo: la gente se aburre de esperar, te miran a ti, me miran a mí, miran las paredes.

- ¿No me miran, vecino? Yo que sé. La familia, ¡vaya mierda! Me quieren empapelar, me quieren quitar de enmedio. ¡Venga!, ¡venga! *Ojú vecino, ojú...*- hablaba con la cabeza reclinada pasándose la mano por la cara - ¡Que pensamientos mas negros me vienen! me va a dejar, me va a dejar, y yo no puedo...Vecino, por mi santa madre, esa mamona de *madero*, estos cabrones: se van a librar porque estás tu aquí.

- Venga hombre, tranquilízate. Ya verás como pasa todo - el vecino maldijo a la familia del chico que no terminaba de llegar y se levantó dispuesto a hablar en privado con la doctora.

- ¿Dónde vas, vecino?

- Tarda mucho esto. Voy a asomarme...

- Vecino.

- Qué, tío.

- Tranquilo, vecino, no lo estropeemos.

- Claro, tío. - Luis comprendió que no se fiaba de él y que en consecuencia no le iba a resultar fácil eludirle.

Se levantó del asiento en un par de ocasiones oteando por los pasillos sin que el herido le quitara la vista de encima; este se empeñó en fumar un cigarrillo y Luis propuso abandonar unos momentos aquél ambiente, acudir a tomar algo a la cafetería.

Mientras Luis se demoraba en comprar un periódico el muchacho prodigaba toda clase de improperios a un transeúnte que se alejó aterrado cruzando la calzada. Entraron finalmente y pidieron sendos cubalibres. Trató de calmarlo mientras reconocía disimuladamente el local en previsión de otro incidente: batas blancas y verdes, gentes rendidas al estupor, rostros de la espera y la fatalidad disputando minutos a lo peor o a lo definitivo.

Un semimonólogo en lucha con el lenguaje intentaba dar cuenta de sus angustias: se sentía víctima de una conspiración universal, todo el mundo le perseguía, cualquier persona podía conocer sobre él datos, circunstancias, que permanecían opacas para sí mismo, los compañeros de trabajo le hacían insinuaciones sobre su mujer que le enervaban: pretendían reírse de él, eso podía entenderlo, porque nadie puede molestar solo porque le digan que han visto a su mujer por la calle...

- Tendrá que salir a la calle, a comprar, a ver a su madre o a tomar un café - dijo Luis.

- Que va, que va. No puede ser. Tenía que haberme quedado en aquel coche, con *El Polaco*, entre los hierros, *así*, no hay manera. No puede ser - hizo una larga pausa y a su término preguntó: - ¿Cuánto hace de aquello, vecino?

- Tú sabrás. Quiero decir..., varios meses ¿no? Por la primavera, sí, recuerdo que tu madre no vino a la comunión de mi Carmelita: por lo tuyo.

- ¡Ya hace más tiempo! Te confundes. Con ese trabajo de noche los días se te hacen más cortos, o más largos, o yo que sé...- divagaba acodado en la barra, la mirada perdida entre los anaqueles y explorando con los dedos el tamaño de la cicatriz del cuello. - ¿Sabes vecino?: eres un buen tío, yo que sé, y tienes una buena mujer y unas niñas muy guapas. Yo hubiera sido así como tú, aunque con bastante más dinero, o mejor que tú. Es un decir, vecino, no te molestes. Eso sí, nunca trabajaría de noche, mi mujer tiene que dormir conmigo todos los días.

- Claro tío.

Las batas blancas, verdes, se fueron desvaneciendo en las sombras y a su luz el local se instalaba en la universalidad primordial común también a los lechos y letrinas, el estupor de

la vigilia precedía acaso al abotargamiento que el alcohol procura y la espera abre caminos a la desesperanza. Todo ganaba en familiaridad y así el rostro de aquél camarero era la cara del dueño del bar del barrio, del *Suizo*, y era también la cara del sacerdote amable y discreto que propicia la confianza y asegura la comprensión en las bajezas.

Por ignorar la llamada, femenina e impersonal, pidió la segunda copa.

- Llevo días que no puedo dormir, dándole vueltas, con pesadillas. Mejor estaría trabajando contigo. ¿Te importaría que trabajara de noche contigo, vecino?

El vecino asintió, negó, y volvió a asentir con el gesto. Le pareció idiota, acojonado, una mierda de tipo, y con prisas, ¿que prisa tenía? No sabía como podía tomar una copa con un tipo así, que tan poco tenía que ver con él, o con *El Polaco*, que también lo iba a aguantar, era capaz..., ya ves, *El Polaco*, con la navaja o con la *recortá*.

La misma voz estereotipada volvió a mencionar su nombre por el altavoz, apremiándolo.

- Vecino, ¿me darías trabajo de noche si lo tuvieras?

- Claro tío, ¿como no iba a hacerlo?

Después de todo no resultaba mala persona el vecino, además, que lo invitaba siempre que lo veía por lo del *Suizo*. Eso le diría: "Mira, que tengo un trabajo con mi vecino, un trabajo de noche por el que pagan una pasta, así que aire, que ya puedes volverte por donde has venido que aquí no haces ninguna falta"

Se pasaba la mano por el cuello, decidido a contárselo de aquél modo, cuándo la menuda figura del *Polaco* se recortó finalmente en el umbral.